

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL



LA VÍA CULTURAL AL SOCIALISMO.

POLÍTICAS DE LA CULTURA EN EL CHILE DE LA UNIDAD POPULAR

Loreto López González y Jaime Peris Blanes. N. 17 (2021)

K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

LA VÍA CULTURAL AL SOCIALISMO. POLÍTICAS DE LA CULTURA EN EL CHILE DE LA UNIDAD POPULAR

La vía cultural al socialismo. Políticas de la cultura en el Chile de la Unidad Popular 5-13
Loreto López González y Jaime Peris Blanes

DEBATES, DISCUSIONES Y POLÍTICAS CULTURALES DE LA UNIDAD POPULAR

Los intelectuales y la cuestión de la cultura popular: interpretaciones e iniciativas durante la Unidad Popular 15-41
Natália Ayo Schmiedecke

El debate cultural en la Unidad Popular: una cuestión previa (1958-1969) 43-67
Laura de la Luz Briceño Ramírez

Balances al proyecto cultural durante la Unidad Popular: *La quinta rueda* y *Cuadernos de la Realidad Nacional* 69-92
César Zamorano Díaz

El Tren Popular de la Cultura: expresión del arte para todos 93-116
Carolina Andrea Espinoza Cartes

Un encuentro personal con una épica colectiva: conversando en torno a los documentos del período de formación del Museo de la Solidaridad 117-134
Loreto López González

LA MÚSICA POPULAR COMO AGENTE DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Presencia de Violeta Parra en la construcción del imaginario popular de la vía chilena al socialismo. La Peña de los Parra y la Carpa de la Reina: una reconstrucción testimonial 135-154
Jorge Montealegre Iturra, Rafael Chavarría Contreras

El movimiento de la Nueva Canción chilena: cultura y contrahegemonía 155-179
J. Patrice McSherry

En la quebrá del ají. Rock en Chile en tiempos de revolución (1967-1973) 181-204
César Eduardo Albornoz Cuevas

FORMAS Y POLÍTICAS DEL NUEVO CINE

1970-1973. El cine chileno durante Salvador Allende 207-216
Patricio Guzmán

Lectores de imágenes en tiempos de revolución: *Descomedidos y chascones* (1973) de Carlos Flores 217-248
Elizabeth L. Hochberg

Filmar la aceleración de la historia: dicotomías del gesto en dos documentales de la UTE 249-270
Ignacio Nicolás Albornoz Fariña

Nostalgia de la Unidad Popular. Evolución de la forma cinematográfica en la obra de Patricio Guzmán 271-297
Álvaro Martín Sanz

Una figura en sombras: Salvador Allende en filmes chilenos de postdictadura 299-315
Alicia Salomone

LITERATURA Y ARTES ESCÉNICAS EN EL TORBELLINO DE LA HISTORIA

Cuatro tesis sobre literatura durante la Unidad Popular chilena 317-334
Matías Ayala Munita

La figura del lector popular en Quimantú: placer, trabajo y revolución 335-359
Christian Anwandter Donoso

Teatro obrero y militante de los años 60 y 70 en Chile: escenas internacionalistas y antiimperialistas construyendo un nuevo mundo 361-385
Patricia Alejandra Artés

Itinerario de un cosmoargentino: Julio Cortázar y el Chile de Allende 387-412
Olga Lobo Carballo

Portada: diseño de Carlos Altamirano basado en fragmento del mural ubicado en el Centro Cultural Gabriela Mistral, realizado por la Brigada Ramona Parra para el 1 festival de intervención urbana Hecho en Casa, 2012.

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

LA FIGURA DEL LECTOR POPULAR EN QUIMANTÚ: PLACER, TRABAJO Y REVOLUCIÓN

The figure of the popular reader in Quimantú: pleasure, work and revolution

CHRISTIAN ANWANDTER DONOSO
Universidad Adolfo Ibáñez (Chile)

christian.anwandter@uai.cl

Recibido: 6 de agosto de 2020

Aceptado: 28 de enero de 2021

<http://orcid.org/0000-0001-5770-6125>

<https://doi.org/10.7203/KAM.17.18082>

N. 17 (2021): 335-359. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: A pesar de que Quimantú es una de las políticas culturales más relevantes de la Unidad Popular, la figura del lector popular ha sido poco estudiada. Proponemos indagar en los contornos de esta figura a través del análisis de la producción editorial de Quimantú. Se revelan así las fronteras de la experiencia de lectura pensada por la editorial. Veremos emerger el complejo lugar que ocupa el placer en esta experiencia y cómo la definición del lector popular se debate entre una conciencia individual y la pertenencia a una masa volcada hacia la acción política revolucionaria. La figura del lector popular no solo permite explicar una serie de decisiones en distintas revistas y libros publicados por la editorial, sino que también sugiere una explicación acerca de la imposibilidad de articular la literatura como discurso propiamente revolucionario durante la Unidad Popular.

PALABRAS CLAVE: lector popular, Quimantú, placer, literatura, revolución.

ABSTRACT: Despite the fact that Quimantú is one of the most relevant cultural policies of the Unidad Popular, the figure of the popular reader has been scarcely studied. We propose to investigate the contours of this figure through the analysis of Quimantú's editorial production. This way, the boundaries of the reading experience designed by the publishing house are revealed. We will see the complex place that pleasure occupies in this experience and how the definition of the popular reader ranges between an individual conscience and belonging to a mass that is oriented towards revolutionary political action. The figure of the popular reader not only explains a series of decisions in different magazines and books published by the publishing house, but also suggests an explanation about the impossibility of articulating literature as a properly revolutionary discourse during the Unidad Popular.

KEYWORDS: popular reader, Quimantú, pleasure, literature, revolution.

INTRODUCCIÓN¹

Quimantú, una de las políticas culturales de mayor alcance del gobierno de la Unidad Popular (UP), ha sido considerada como la experiencia editorial más relevante en la historia de Chile, no solo por ser una iniciativa estatal y por el volumen de libros impresos (más de 12 millones), sino que también por llegar a sectores populares habitualmente marginados del mercado del libro (Bergot, 2000; Subercaseaux, 2007). Quimantú hizo parte de los esfuerzos de la UP por educar a la población desarrollando en ella una conciencia crítica que se consideraba necesaria para la construcción de la sociedad socialista. Si uno de los objetivos de Quimantú era la producción de una mentalidad socialista, conviene preguntarse acerca de los contornos de la figura del lector popular, ya que es este lector el que finalmente está llamado a crear una nueva cultura.

A pesar de que varios autores han analizado la política cultural y su relación con distintos medios de comunicación durante el período (Rivera 2015; Canto Novoa 2012; Bowen 2008), esta figura ha sido poco estudiada. Hay pocos registros –testimonios individuales, número de venta de libros, cartas de lectores o readecuaciones editoriales en respuesta a críticas no necesariamente publicadas– de las huellas que estas lecturas dejaron en sus lectores. Pero los libros y revistas de Quimantú, a través de su definición de objetivos, contenidos, audiencias y diseño, ofrecen mucha información acerca de cómo se concibe al sujeto popular en tanto que lector. La figura del lector popular, con sus desplazamientos, vacíos y nudos, permite comprender una serie de decisiones editoriales tanto en las revistas como en los libros publicados. Más aún, en sus distintas variantes, la figura del este lector revela visiones existentes al interior de la editorial estatal acerca del rol político de las publicaciones. Analizarlo hace posible interpretar políticamente Quimantú y proponer cierta articulación entre publicaciones en apariencia lejanas. Esta mirada, también, nos deja visibilizar el incómodo lugar de la literatura en el proyecto editorial. Veremos, así, que pensar el lector popular a través de Quimantú revela la difícil articulación entre placer y conciencia en vistas de la revolución socialista impulsada por la Unidad Popular.

Para dotar de contenido político y cultural a la figura del lector popular de la Editora Nacional Quimantú, es necesario considerar que la producción material, de diseño y tipográfica de los libros buscan, como señala Chartier, conducir hacia determinado tipo de sentido deseado por el autor o el editor del impreso. Chartier afirma que los procedimientos formales y materiales de lo impreso, así como la representación misma de la práctica de lectura y del lector, revelan cómo debían ser leídos (2014). Su eficacia como

¹ Este artículo hace parte del proyecto Fondecyt Regular “Literatura durante la Unidad Popular en Chile”, N°1180595, cuyo investigador responsable es Matías Ayala.

objetos radica en conducir hacia determinado modo y práctica de lectura. Si bien es difícil en el caso de Quimantú restituir las comunidades lectoras a las que pertenecían los lectores concretos que leyeron sus libros, sí es posible restituir el modo histórico de las prácticas lectoras inducidas por estos impresos. Este modo histórico nos permite a la vez plantear algunas características del rol otorgado a la cultura impresa en el proyecto de la Unidad Popular.

Junto con trazar ciertos modelos de lectura disponibles en el contexto de la UP que pugnaban por hegemonizar el cómo leer, analizaremos los casos específicos de las colecciones de literatura, la revista *La Firme* y *Cabrochico*. Estos ejemplos nos permitirán reflexionar en torno al problemático lugar del placer en la experiencia de lectura diseñada por Quimantú. Si bien nuestro análisis no es exhaustivo ni abarca la totalidad de publicaciones de la editorial –cuestión que sobrepasa con creces el marco de este escrito– sí nos interesa mostrar que la figura del lector popular en Quimantú es un ideal que articula individualidad y pertenencia a una masa. Así como la individualidad implica plantear un quiebre con prácticas culturales anti-revolucionarias y la adquisición de saber e información, la pertenencia a una masa establece una continuidad entre lectura y acción política. Las coordenadas en las que se sitúa al lector popular están marcadas por una serie de debates ideológicos, políticos y culturales que revelan la carga política del proyecto de Quimantú.

MODELOS DE LECTURA Y EL ROL DE LA CONCIENCIA EN EL DESARROLLO REVOLUCIONARIO

Los modos de leer y el sentido cultural otorgado a la lectura varían según las diversas comunidades de interpretación. Es útil, antes de analizar los casos específicos de algunas publicaciones de Quimantú, tomar en consideración modelos de lectura pertinentes en el contexto de la izquierda chilena durante esos años anteriores al Golpe de Estado de 1973. Estos modelos de lectura ofrecen paradigmas hermenéuticos que, en contacto con debates ideológicos y culturales del período, adquieren matices políticos relevantes para el proyecto de la UP en general y para Quimantú en particular, sobre todo en la medida en que orientan la forma en que puede pensarse al lector popular y lo que se espera de su recepción.

Los problemas de la política comunicacional de la UP son una buena puerta de entrada para considerar estos modelos, ya que su trasfondo es una discusión sobre la relación entre el contenido vehiculado por los medios de comunicación y la transformación de la subjetividad. Rivera demuestra, a partir del análisis de la estrategia comunicacional del equipo de Armand y Michèle Mattelart junto a Mabel Piccini, la oposición existente entre una mirada que le daba prioridad a la planificación central, más cercana a la del Partido Comunista (PC), donde los intelectuales cumplían un rol de guías para elevar

el nivel de conciencia individual y social, y otra mirada que impulsaba una mayor comprensión acerca de las condiciones materiales que determinaban el tipo de recepción de los mensajes de los medios de comunicación (propuesta de Mattelart). En palabras de Rivera, estos últimos llegaron a la conclusión de que “la clase no es determinante en las lecturas que se llevan a cabo, sino que era necesario considerar los contextos individuales, biográficos y psicológicos de los lectores para entender la decodificación que los sujetos realizan” (2015: 361).

Para el PC, en cambio, la conciencia no tenía un lugar autónomo. Rivera plantea que, para intelectuales como Carlos Maldonado, “la diversidad cultural de lectores exigía levantar de un modo planificado una política cultural que contemple estas diferencias, a cargo de cuadros culturales; esto es, sujetos con una formación integral en donde se funde la experticia técnica con la política” (2015: 360). La mirada más vertical y guiada propulsada por el PC concibe la transformación como un efecto directo de la exposición al contenido vehiculado. Si se cambia el mensaje, se cambian las conciencias. Se trata de una visión mecanicista que le otorga un rol central al intelectual, encargado de organizar el paso desde la alienación cultural del sujeto popular hacia la emancipación crítica que se debe acompañar de la organización socialista de la vida. Es en la formación del intelectual –y en su origen de clase– y la coordinación entre ellos donde se juega, por lo tanto, la posibilidad de una transformación homogénea de la clase popular en términos culturales. La mirada propulsada por el equipo de Mattelart, en tanto, rompe la unidad presupuesta en la categoría de clase del “lector popular”, para abrirse a la diversidad de trayectorias. Mediante esta ruptura con una de las categorías de análisis centrales de la mirada política de la Unidad Popular, surge la conciencia individual como herramienta de comprensión del fenómeno de la transformación subjetiva. Se requeriría, entonces, una mirada mucho más sutil de los fenómenos de transformación de la subjetividad política a la hora de pensar en estrategias de comunicación revolucionarias².

Una oposición semejante es descrita por Canto Novoa entre el paradigma estético detrás de las políticas culturales de los intelectuales ligados al PC, marxistas ortodoxos, y el de cierta intelectualidad burguesa agrupada en torno a la revista Cormorán. Para el PC, eran los factores objetivos –cambio de la estructura económica y desarrollo de infraestructura– los que permitirían modificar la conciencia. Para este grupo, era el contenido ideológico lo que debía saturar la cultura, para así generar conciencia de clase proletaria. Los intelectuales de Cormorán –marxistas heterodoxos, de origen más bien

2 Cavallo y Chartier señalan, a propósito de la historicidad de las prácticas de lectura, que “las diferenciaciones sociales no se jerarquizan con arreglo a una rejilla única de desglose de lo social, que supuestamente gobierna tanto la desigual presencia de los objetos como la diversidad de las prácticas” (2004: 19). Tal vez en este punto entendemos mejor las dificultades para pensar en la figura del lector popular, o más bien para dotarla de una mayor concreción cultural y política.

burgués-, daban mayor relevancia a los factores subjetivos, restituyendo la potencialidad de la cultura en la transformación de la subjetividad. Al mismo tiempo, señalaban la necesidad de articular intelectualidad y masa popular con el fin de darle acceso a la cultura y reorientarla ideológicamente (Canto Novoa, 2012: 172). Estas posturas definen grados de protagonismo diversos a la figura del lector. La primera tiende a restarle relevancia directa a la experiencia de lectura, confiando en que son las transformaciones estructurales las que producirán el cambio deseado. Sin embargo, al mismo tiempo, consideran esencial la homogeneización ideológica de un sujeto popular que desconoce su condición proletaria. La segunda, en tanto, confía más directamente en que las experiencias de lectura pueden traducirse en el surgimiento de una nueva conciencia a pesar de la falta de transformación estructural. Esta nueva conciencia no sería el resultado de una saturación ideológica, sino que de una exposición a obras culturales mediadas por intelectuales que no necesariamente pertenecerían a las clases populares. En ambos casos se constata una carencia inicial y un mismo punto de llegada, pero en un caso es el contenido ideológico inscrito y saturado en la cultura, mientras que en el otro se trata de un acceso a la cultura mediado ideológicamente.

Otro paradigma disponible sería el del freudianismo marxista, que tuvo en Chile cierto desarrollo a partir de los años treinta con autores como Marín y Lipschütz (Veto, 2017), pero que también puede observarse a través del interés –y críticas– que generó la obra de Herbert Marcuse. Para el autor de *Eros y civilización* (1983), el arte es una forma de retorno de lo reprimido. La forma estética plantea la armonía reprimida de la sensualidad y la razón. Para Freud, la imaginación conjura el pasado del individuo, llevándolo a un momento anterior a la civilización donde reinaba el principio de placer por sobre el principio de realidad. Marcuse toma distancia de Freud al señalar que limitar el poder de la imaginación como retorno a lo arcaico implica naturalizar la civilización y su carácter represivo. Para Marcuse (1983: 141), otro principio de realidad es posible. La fantasía puede referirse a un futuro inconquistado. La imaginación llama a liberar la realidad histórica y, por lo tanto, tiene una función crítica (Marcuse, 1983: 142). La fantasía plantea la pregunta por la posibilidad de alcanzar un “nivel de civilización en el que las necesidades humanas sean satisfechas de tal manera y a tal grado que la represión sobrante pueda ser eliminada” (Marcuse, 1983: 144). Este paradigma estético, que puede a la vez ser comprendido como un modelo de lectura, supone en la cultura, y en los textos literarios, un germen revolucionario que no pasa por la economía, sino que por el cuerpo (y más por los sentidos que por la conciencia entendida como racionalización teórica de lo real).

La liberación social a través de una nueva relación hacia los instintos –y en especial la sexualidad y el placer– era una idea que suscitaba adhesión en los movimientos con-

traculturales de fines de los 60's y comienzos de los 70 (Barr-Melej, 2007). Adoptar este paradigma estético para el lector popular hubiera significado alejarlo del trabajo considerado como valor humano y darle una mayor relevancia a los procesos de liberación individual, donde la conciencia no se restringe a transformar sus ideas acerca del funcionamiento estructural de la economía y de las clases sociales, sino que también modifica su comprensión de las conductas y valores morales. No es de extrañar, entonces, que Marcuse fuera vivamente criticado y cuestionado por el PC, tal como puede verse en la publicación del Centro de Investigaciones Marxistas que, con motivo del centenario de Lenin, reúne dos ensayos: "Marcuse y el Poder Joven", de Carlos Maldonado, y "Lenin o Marcuse", de Sergio Vuskovic. Se busca evaluar la obra de Marcuse, pero lo cierto es que, desde un comienzo, se revela la distancia con el autor, señalando en la presentación que este ha sido "catalogado por algunos ideólogos burgueses como 'marxista'" (Maldonado, 1970: 2). El objetivo de la publicación, entonces, consiste en afirmar la obra de Marx, Engels y Lenin como "el único camino <...> que lleva científicamente a transformar el mundo" (Maldonado, 1970: 2). Maldonado, por ejemplo, reconoce tanto la pertinencia de la obra de Marcuse ante las inquietudes del hombre contemporáneo, así como el impacto producido en los jóvenes, especialmente hippies, beatniks, y otros grupos juveniles. Sin embargo, cuestiona su lectura de Marx, ya que, para este, según Maldonado, el trabajo es un factor de humanización del hombre, mientras que para Marcuse el trabajo es la causa de la pérdida del gozo (Maldonado, 1970: 9). Es por lo tanto cuestionando el marxismo del freudianismo marxista que se le desacredita ante la intelectualidad del PC, restableciendo la idea de una planificación centralizada de la construcción del sujeto popular.

En el plano de la crítica literaria –otro espacio de pugna entre modelos hermenéuticos– Subercaseaux (1982: 7) describe la renovación producida entre 1960 y 1973 y demuestra que se trata de un período en que se intentan articular nuevos paradigmas de lectura, que tomaban distancia tanto del "antiguo método biográfico-histórico" como del "impresionismo". Tanto el momento inmanentista como el sociohistórico que distingue Subercaseaux tienen el "propósito común de superar el impresionismo subjetivista y constituirse en una disciplina más o menos sistemática" (1982: 4), en abierta polémica con la "escuela histórico-positivista", de Raúl Silva Castro, o la "crítica impresionista", de Alone o Latcham. Los modelos que estaban siendo desafiados eran aquellos que se caracterizaban por cierto aristocratismo del gusto, donde la autoridad del crítico buscaba defender ciertos valores estéticos considerados como universales. En todo caso, estos nuevos modelos se plantean desde cierta generalidad epistemológica y no plantean el desafío de leer desde un tipo de sujeto particular.

Bianchi (1995), en tanto, subraya que los años 60, en Chile, fueron un momento en que se diversificaron los cánones literarios en términos de referentes y concepciones

literarias. De una visión dominada por modelos latinoamericanos y europeos, se pasa a una creciente presencia de lo norteamericano. De la mano de la generación beat, se habría abierto en Chile la posibilidad de un mayor diálogo entre la literatura y los medios de comunicación de masas. Al mismo tiempo, se introdujeron nuevas corrientes teóricas como el estructuralismo, con Félix Martínez Bonati, y a autores como Benjamin y Derrida con Ronald Kay y Patricio Marchant. La lectura de Barthes por Martín Cerda también muestra la introducción de nuevos modelos de crítica en el país. Sin embargo, en estos últimos casos, se trata de modelos que ingresaron al país paulatinamente, a través de individuos, y que no alcanzaron a contar con un desarrollo crítico en agrupaciones o partidos políticos que hubieran permitido permear de alguna forma las políticas culturales de Quimantú.

De particular interés resulta considerar el paradigma estructuralista, sobre todo aquel que concibe al sujeto constituyente como sujeto constituido (Balibar, 2005: 16), donde cabe señalar la recepción de Althusser en Chile y la influencia del “marxismo pedagógico” de Marta Harnecker (Ramírez, Cortés et al., 2015). Según Moulián (1993: 136), la obra de Althusser era una empresa de restauración cientificista del marxismo leninismo, que identifica la estructura como momento exclusivo del conocimiento. La autora de *Conceptos elementales del materialismo histórico* introdujo, firmando con el pseudónimo Neva en la revista *Punto Final*, una serie de artículos de divulgación de la teoría marxista tal como la estaba redefiniendo teóricamente Althusser, de quien fue alumna. Para Harnecker la teoría marxista contenía “un cuerpo de conceptos abstractos que sirven a los trabajadores intelectuales como instrumentos para analizar, en forma científica, las diferentes formaciones sociales” (Neva, 1968: 16-17). Según José Ignacio Ponce y Loreto Serra, el discurso teórico-político de Harnecker, constituido por la tríada conceptual Estado-Partido Político-Masas Populares, es una síntesis de textos clásicos del marxismo y de su interpretación althusseriana de estos, resultando en un “pensamiento teórico enormemente rígido y esquemático” (2014: 101) que se vio constantemente tensionado con el desarrollo gradualista del gobierno de la Unidad Popular. A diferencia de los intelectuales del PC, que apostaban por una saturación ideológica del lector popular a través de la cultura, la teoría política de Harnecker, militante socialista, planteaba en cambio la teoría como conocimiento de una estructura en que la conciencia aparecía como un fenómeno secundario.

Un libro también marcado por el estructuralismo es *Para leer al Pato Donald*, de Ariel Dorfmann y Armand Mattelart, publicado en Ediciones Universitarias de Valparaíso en 1971. Este ensayo propone una manera de leer ideológicamente la cultura de masas como producto capitalista, justamente ahí donde pareciera naturalizarse, como en el caso de las historietas infantiles. El modo de lectura propuesto apunta a desidentificarse

de la naturalidad aparente de estos productos culturales con el fin de tomar distancia crítica. Se politiza la entretención cultural mostrando que la lectura está atravesada por la ideología. Veremos que este punto de vista tendrá particular relevancia cuando consideremos algunas estrategias de Quimantú para acercarse a los lectores populares y para proponer nuevas formas de entretención acordes al proyecto socialista.

La revisión –sucinta– de estos distintos modelos que conllevan diversos modos de leer y de pensar el lugar del lector popular en Quimantú, no tiene como objetivo el identificarlos en determinada publicación de la editorial estatal, ni tampoco el de determinar cuál, finalmente, era el preponderante. Nos interesa, más bien, distinguir entre ese plano más abstracto que puede haber intervenido en ciertas discusiones sobre el rol de Quimantú y la definición del lector popular, por un lado, pero también resaltar, por contraste, en el plano concreto de las distintas publicaciones, la manera en que las experiencias de lectura del lector popular fueron diseñadas. Para esto, proponemos a continuación tres ejemplos que permiten analizar estas experiencias del lector popular tal como emergen en las colecciones de literatura, en la revista *La firme*, y en la revista *Cabrochico*. El análisis de estos casos nos permitirá revelar otras dimensiones de la figura del lector popular en el contexto de la revolución chilena de la UP.

PASIVIDAD TUTELADA EN LAS COLECCIONES LITERARIAS³

El lector popular se tiende a concebir como un sujeto alienado y con una carencia de capital cultural que pone en riesgo su capacidad de participar en la elaboración de la nueva cultura socialista. Joaquín Gutiérrez, al explicar las distintas colecciones de literatura en *Chile Hoy* (1972), distingue distintos niveles de lectores con contenidos adaptados para cada nivel. Para la colección Minilibros, señala que utilizarán un formato similar al de la literatura folletinesca, subrayando que de esta forma buscan “realizar el tránsito de la subcultura a formas más elevadas de la literatura” (Gutiérrez: 1972: 21). Las estrategias publicitarias y de diseño de los Minilibros buscaban así asemejarse a productos de consumo de los que, finalmente, querían alejar a los lectores. Al lector popular se le supone inserto en una cultura de masas en la que participaría sin las herramientas adecuadas.

³ Esta sección sobre las colecciones de literatura sintetiza el argumento desarrollado en Anwandter, Christian. “La literatura en Quimantú: una revolución incómoda”. *Revista de Estudios Filológicos* 66, (2020): 7-24.



Fig. 1 Aviso de la colección Minilibros.

Las estrategias para romper con este consumo cultural son diferentes. Al lector de las colecciones de literatura se le ofrece una materialidad familiar pero reminiscente de su condición alienada, mientras que se omite cualquier referencia discursiva a su situación deficitaria en términos de capital cultural. Al mismo tiempo, el paratexto, al menos en los Minilibros y Quimantú para todos, orienta al lector acercando el horizonte de la revolución a las obras literarias. Se ofrece una interpretación que opera, paralelamente, como clave de lectura de la contingencia política. Se introducen, para la lectura literaria, valores afines al proceso político de la UP: solidaridad, lo popular, el trabajo. Al mismo tiempo, ante lo que Stanley Fish denominaría como “fallas interpretativas” –la presencia de un personaje antirrevolucionario en un cuento de Skármeta, por ejemplo– el paratexto muestra la manera correcta de leerlas, trazando una frontera nítida entre un nosotros que incluye tanto a los autores de Quimantú, del paratexto y los lectores, de un ellos constituido por la burguesía. De esta forma, bajo la apariencia en la participación de una cultura alienante –lo que implica que el consumo cultural por parte del lector popular es más bien inconsciente– se los hace participar de ese campo intelectual que, según Gilman (2003: 31), se caracterizó en América Latina por su carácter “disciplinante” y una “fuerte voluntad normativa”.

El ocultamiento del propósito de las publicaciones literarias al lector es resultado de la mezcla de desconfianza e incomodidad que sentían los intelectuales ante la emergencia de la figura del lector popular, concebida desde la carencia y la alienación. Del lector popular de las colecciones de literatura se espera un rol pasivo, que tal vez solo por

acumulación o por el contacto con otras colecciones más teóricas podrían mostrar sus frutos. El modelamiento de las formas de interpretación literaria se hace presuponiendo un ejercicio individual de lectura, sin hacer mención a la socialización de lo leído. Lo que importa es el “acceso”.

MASA POPULAR Y ACCIÓN POLÍTICA EN *LA FIRME*

La revista *La Firme* se presenta al lector como una herramienta de “información popular”. Un “Hombre informado vale por dos”, se subraya en su primer número. La información, entonces, rompe los límites de lo individual. Mientras las colecciones de literatura efectúan un traspaso vertical de conocimiento, la revista *La Firme* se posiciona desde una responsabilidad compartida. En su primer número, distingue entre un “nosotros” constituido por los “editores y redactores” que ponen a disposición la revista en los quioscos del país y un “ustedes” compuesto por los “Comités de Unidad Popular” (CUP), realizando un llamado a que la revista llegue “a manos de todos”. Para eso, solicita a sus lectores un trabajo de discusión y divulgación mediante la realización de asambleas. El lector popular es concebido en su dimensión social y política, y la lectura cobra sentido solo en la medida en que es socializada. En esa línea, siempre en el primer número, se señala que *La Firme* no es revista “que el lector deba encontrar buena o mala y después guardarla” (1971: 2). Se apela a una actitud activa del lector no solo mediante la discusión, sino que también haciendo circular la publicación más allá de su propietario inicial.

En la revista *La Firme* también encontramos el diagnóstico sobre la alienación cultural de la población chilena. A diferencia de las colecciones de literatura, esta alienación es representada junto con un posible camino de liberación. Por ejemplo: en *La Firme* n° 16, llamada “Simplemente Maruca” (parodiando la telenovela *Simplemente María*), muestra cómo sufren dos mellizas con pocos estudios –una por el maltrato de su esposo rico, otra por la cesantía de su esposo pobre–. En vez de hacerle frente a la situación, se dicen: “Escuchemos la comedia romántica para aliviar nuestras penas” (1971: 12). Sin embargo, aun así, llegan a cuestionar la situación y darse cuenta de que están evadiendo un conflicto de género y de clase. En ese momento, las mujeres de la comedia interrumpen el curso representacional del género y se rebelan: “¡Estas mujeres se están saliendo del libro de esta comedia!”, dice el director (14). La nueva conciencia adquirida las hace dirigirse a un centro de madres donde critican que todas estén “tejiendo mantillas y copuchando” (17) en vez de “luchar por <sus> derechos” (17). Es interesante que, mediante la representación de la alienación cultural del pueblo de Lo Chamullo –término que además remite al discurso de la falsedad mal disimulada– se logre informar directamente al lector de la revista acerca de la realidad de su propio entorno. Sin asumir que se trata de la situación del lector de *La Firme*, la publicación entrega herramientas para identificar

el fenómeno, tomar conciencia de él y eventualmente romper con esa práctica cultural.

El lector popular de *La Firme* debe trascender la lectura individual y proyectarla en espacios donde la oralidad participa de la deliberación política. Sin embargo, como resultado de la lectura de las narraciones didácticas y esquemáticas de *La Firme*, es difícil concebir una deliberación política en que puedan emerger interpretaciones divergentes, aunque sí es plausible imaginar que esta homogeneización del sentido facilitaba consensuar una acción política concreta. La revista delimita el campo de acción de los CUP en tanto que masa lectora, para lo cual le ofrece al lector individual narraciones unívocas. El lector, como se señala en el séptimo número, “debe transformarse en un propagandista” (1971: 18).



Fig. 2 *La firme*. N°7, 18.

Sin embargo, que la revista fuera efectivamente discutida en los CUP puede ponerse en duda. La misma Harnecker, que participó en los primeros números de la revista, estimaba que una de las razones del fracaso del gobierno de Allende radicaba en que los CUP, que habían sido muy importantes para la elección, habían casi desaparecido tras ella (2003). Los CUP, y la masa lectora a la que apuntaba la revista, parece entonces difuminarse como un simple deseo por parte del equipo editorial. Esto parece confirmarse al considerar que, progresivamente, la revista deja de referirse a los CUP y hace solo alusión a “todos los lectores” de la revista. *La Firme* concibe al lector popular organizado territorialmente, aun existiendo el riesgo de que, en ausencia de esa organización, el lector no pueda trascender el momento individual de lectura y perciba la falta de una masa lectora políticamente constituida.

La concepción activa del lector va más allá de la labor propagandística y de deliberación política, puesto que también hay un llamado a la acción. En el quinto número, si bien se señala que se trata de “Pega pa los CUP”, se incluye una interpelación al lector individual en tanto “compañero”. Se le pide que desprenda de la revista un afiche para colocarlo en los lugares de trabajo, para así fomentar el aumento de la producción, lo que era “uno de los pasos más importantes para la conquista del poder del pueblo” (1971: 15). La interpelación culmina en un tono épico propio del carácter solemne que la inminencia de la revolución muchas veces implicaba: “Adelante, compañero, y que este afiche contribuya a este importante objetivo” (1971: 15). En este caso, *La Firme* concibe una especie de convergencia entre objetivos políticos del gobierno, acción colectiva de los CUP y acción individual del lector popular. Como resultado de la “responsabilidad compartida” propiciada desde el primer número de la revista, los lectores son pensados como partícipes –no observadores– del gobierno. La revista alimenta con información a sus lectores –multiplicándolos y organizándolos– y permite que, mediante la conversión material de la revista en afiche, esta se vuelva una manifestación política en espacios de trabajo privados y estatales. Hay una cierta redundancia en la concepción del lector popular como actor político cuando es una publicación estatal la que homogeneiza la interpretación de las narraciones y entrega medios de expresión para manifestar lo que debiera ser el resultado de una deliberación colectiva.

Puede plantearse una distinción entre un lector perteneciente a la masa popular y el lector popular en su individualidad. La revista *La Firme* apuesta al lector de la masa popular. Su trabajo consiste en homogeneizar la interpretación de lo real en el sentido de las políticas del gobierno de la UP. Más que abrir preguntas, llama a la acción. Esta acción, sin embargo, oscila entre los fantasmagóricos CUP (números 1 y 5, por ejemplo), a la figura de “todos los lectores”. Ya no se apela a un colectivo, sino que a una suma de lectores individuales.

FAMILIA COMO ESPACIO DE FORMACIÓN DE VALORES SOCIALISTAS EN *CABROCHICO*

También en la revista *Cabrochico*, ya en su primer número, encontramos llamados a la acción infantil, ya sea para “luchar por conseguir” juegos y mobiliarios para plazas infantiles, o bien a través de la representación de los niños de una población que se “toman” un conjunto de árboles –“igual de bien que los grandes”– que consideran son de todos (1971: 19). El llamado a la participación pone en un lugar de primera línea a los niños como constructores de una nueva realidad.

Es el rol intermediario de los padres que entra en conflicto, en la medida en que existen contradicciones entre la manera de educar a sus hijos y las formas adecuadas de educar definidas por la revista. Es el propio pasado de los padres el que surge como un

obstáculo –como un apego a las formas de entretención de la propia infancia– que imposibilitan romper con ese pasado y dar forma a lo nuevo. La acción política desplegada en el espacio público requiere también –parece decir *Cabrochico*– de una acción política de ruptura con el encantamiento ideológico del que se fue víctima en la propia infancia. Al mismo tiempo, esta visión reductora del individuo no concibe la posibilidad de un consumo ideológicamente contradictorio con el sentido de la acción política, apuntando a una coherencia absoluta entre prácticas culturales y políticas.

Un inserto en la revista *La Firme* n° 13 informaba acerca del propósito de la revista *Cabrochico*: entregar una “escala de valores nuevos” a los niños chilenos para “romper la alienación” y el “proceso de influencia negativa que ejerce el sistema sobre las mentes infantiles” (1971: 2). Siguiendo la línea crítica de Dorfman y Mattelart y cuestionando el carácter apolítico de los cuentos infantiles elaborados por la burguesía (1971: 3), Schkolnik, director de la revista, anuncia los polémicos “Anticuentos”. Se espera que el niño disfrute de reescrituras de cuentos tradicionales como una experiencia asociada a los nuevos valores del socialismo. El anticuento decepciona constantemente la tradición del género del cuento infantil tradicional, mediante comentarios que ridiculizan sus convenciones, volviendo inoperantes las oposiciones que estructuran los relatos originales, y desarticulando los efectos dramáticos de la trama. En el caso del “Gato con Botas”, a diferencia de la versión original, en que los engaños del gato le permiten a su dueño Pedro enriquecerse (por lo que el gato puede entonces dejar de “trabajar”), en la versión de *Cabrochico* el dueño renuncia a ser cómplice del gato y las riquezas que podía obtener, actuando honestamente y ganándose la aprobación del pueblo.

Al apostar por el conocimiento previo del género y del cuento, *Cabrochico* cuestiona la autonomía del lector infantil y deja entrever la necesidad de una lectura tutelada por un adulto. La apuesta de la revista es la de una lectura cómplice entre adultos y niños en que el “Anticuento” funciona como punto de encuentro. Sin embargo, para el adulto la experiencia de lectura supone una experiencia de destrucción de la tradición. El anticuento confronta al adulto con su memoria. Leer con el niño implica tomar distancia de aquello que constituyó, probablemente, una forma legítima de placer en el pasado, y ceder ese espacio de transmisión cultural fuera del ámbito estrictamente familiar⁴.

Los “Anticuentos” recibieron críticas que llevaron a *Cabrochico* a enfrentar las objeciones. En el n°4, unas “Palabras del director” responden, sin mencionarlo, a estas críticas en el Suplemento para adultos. Schkolnik manifiesta la intención de la revista de

4 Louise Rosenblatt (1996; 2002) y Marta Sanjuán (2013) han subrayado el rol fundamental que tiene la dimensión emocional en la experiencia de lectura y en la educación literaria. Si los cuentos tradicionales fueron parte de esa formación lectora durante la infancia del adulto, las conminaciones de *Cabrochico* ponen en entredicho ese apego infantil y obligan a reformularlo en términos revolucionarios.

formar niños con mirada crítica, lo que implica “no explicarle con mentiras alejándolo de la verdad con soluciones artificiales, por muy ingeniosas que ellas sean” (1971: 15). Pero en el n°5 el conflicto en torno a la reescritura de cuentos infantiles emerge explícitamente mediante la publicación de una carta anónima que acusa a la revista de ser obra de “amargados” y “fracasados” que buscan politizar los cuentos infantiles. Para este lector anónimo, que se define como alguien cuya infancia estuvo marcada por la pobreza, culpar a la sociedad por los males existentes es una forma de obstaculizar la felicidad de los niños (1971: 2).



Fig. 3 *Cabrochico*. N°5, 7

La revista busca responder a los cuestionamientos de manera en apariencia argumentativa. Para eso, selecciona fragmentos de los cuentos de Perrault para demostrar los valores negativos que contiene, y pone a los padres ante una serie de dilemas morales en que estos deben escoger entre los valores negativos de los cuentos tradicionales o los nuevos valores –afines al proceso político de la UP– que la revista promueve. Se trata de preguntas manipuladoras que no permiten sopesar realmente las distintas maneras de pensar la relación entre literatura y educación, entre ideología y conciencia crítica. Estas preguntas ponen a los padres en solo en una posición posible, y descarta la posibilidad de leer la literatura infantil tradicional de otra forma que aquella adoptada por el equipo editorial. Al arrinconar a los lectores adultos de esta forma, se les plantea una disyuntiva acerca de su verdadero compromiso político, por una parte, pero también acerca de su rol como padres. Estar contra la línea editorial de *Cabrochico* implicaba, entonces, preferir lo que era malo para los niños, preferir su alienación, su sumisión a los más fuertes,

etc. Se esperaba, finalmente, que los padres terminaran por doblegarse ante la necesidad de romper con la cultura tradicional.

EL PLACER COMO SÍNTOMA Y HORIZONTE POLÍTICO LIMITADO DE LA LECTURA POPULAR

Mediante estos ejemplos, constatamos por una parte cómo la figura del lector popular oscila entre su individualidad pasiva y tutelada en las colecciones de literatura, y su pertenencia a una masa popular políticamente activa o bien a una estructura familiar donde se juega la formación de los nuevos valores del socialismo. Pero hay algo, creemos, en estos distintos ejemplos, que requiere mayor atención, puesto que nos parece que es lo que finalmente estructura la amplitud o limitación de las experiencias diseñadas para el lector popular. Se trata del placer entendido como sensación de agrado, pero en esta sección describiremos distintos momentos del placer en la experiencia del lector popular que operan como síntoma y horizonte político de la lectura.

En un primer momento al menos, el placer aparece como síntoma ideológico de carácter anti-revolucionario. Es el placer ligado al consumo cultural capitalista, y por lo tanto la presencia de un goce alienado. Resulta revelador, en este sentido, considerar algunas expresiones de disgustos, incomodidades y tensiones de lectores ante las publicaciones de Quimantú, ya que se presentan como el reverso del placer, la decepción de una expectativa, y nos muestran nuevamente las formas en que las distintas colecciones reaccionan a esa realidad que parece no responder a lo trazado. Se trata de momentos en que el ideal del lector popular, comprometido con la revolución, se confronta con experiencias singulares de lectores que, de alguna manera, no se sienten representados por la línea editorial o manifiestan su disconformidad con ella. Revelan, así, un punto crucial del proyecto editorial. La voz disonante que alerta sobre contradicciones o dificultades en el proyecto y, por lo tanto, genera reacciones que también nos indican cómo se concebía, desde los equipos editoriales, el trabajo que realizaban, y cuál era el rol de la editorial estatal, dividida entre las exigencias comerciales y su horizonte revolucionario.

En la revista *Cabrochico*, como vimos, la revista reacciona a la crítica a los anticuentos desde un desacuerdo radical. Se visibiliza un rechazo a aceptar la crítica puesto que se subraya el error en que persistiría el lector (aferrado a un placer alienado). La revista opta por extremar, hasta lo maniqueo, el carácter didáctico de la operación de reescritura de los cuentos infantiles. Pero encontramos también casos en que se reacciona más flexiblemente, como en los *Cuadernos de Educación Popular (CEP)*, dirigidos por Marta Harnecker y Gabriela Uribe. Para los CEP, en línea con el “marxismo pedagógico” de Harnecker, es fundamental la idea de que las “masas populares” son las únicas que pueden efectuar una revolución social. Por eso se adopta un enfoque pedagógico, pues elevando el “nivel de conciencia” de los trabajadores se posibilita una masa popular ca-

paz de hacer la revolución. El número “Imperialismo y dependencia”, de agosto de 1972, contiene una “Nota a esta edición revisada”, en que se señala que, debido a distintas críticas, opiniones, comentarios realizados por trabajadores (en cursos, lecturas colectivas de los CEP), han efectuado una “simplificación del lenguaje que, esperamos, facilite el estudio de este tema”. Agrega la nota que los CEP se transformarán, así, “en instrumentos de lucha cada vez más efectivos, siempre que los trabajadores sigan dándoles su apoyo y su crítica fraternal” (1972: 4). La manera en que se responde editorialmente a esta crítica es reveladora, a su vez, de la relación que se desea establecer con el lectorado. Los CEP parecen asumir los cuestionamientos, más bien formales que de contenido, visibilizando la manera en que, a partir de los comentarios recibidos, decidieron modificar el tipo de lenguaje utilizado. Se observa aquí, a diferencia de *Cabrochico*, una relativización de los medios empleados para llevar a cabo la pedagogía del lector popular, eso sí, condicionándola a la mantención de una actitud “fraternal” del lector.

Una primera decisión política presente en Quimantú es qué hacer editorialmente frente al placer alienado del lector popular, ya que su superación parece ser una condición necesaria para alcanzar la necesidad planteada en el Programa de la UP de un “pueblo abierto masivamente a la creación y goce de las más variadas manifestaciones del arte y del intelecto” (1970: 28). Si el disgusto expresado por el lector es causado por un aferrarse a su condición alienada, entonces habría que mostrarse inflexible. Si el disgusto, en cambio, proviene de un deseo de conocer, entonces es posible realizar modificaciones para facilitar esa comprensión. Además, se opta por una estrategia de seducción al imitar productos culturales del capitalismo para atraer al lector popular. Se busca así generar el acercamiento al objeto libro. Si bien la editorial estatal contaba con redes de distribución en sindicatos y organizaciones sociales, también era relevante la venta en quioscos. En este sentido, el diseño de los libros y revistas buscaba emular el tipo de productos culturales que, antes de Quimantú, el lector popular podía eventualmente consumir. Se trataba de libros de folletín en el caso de la literatura, y de revistas de farándula en algunos casos. Otro ejemplo de esta estrategia lo podemos encontrar en el primer número de la revista *Paloma* (1972), donde vemos que la telenovela peruana *Natacha*, de 1970, se presenta ahora como narración escrita pero apoyada con fotografías de la telenovela. Se invita al lector a realizar el tránsito entre un medio y otro. El espacio editorial cede ante la existencia del mercado y de los productos culturales del capitalismo abriéndoles un lugar en el seno de una editorial que busca educar y crear conciencia crítica. Se trata de una estrategia arriesgada, en la medida en que nada garantiza el inconformismo del lector, y su capacidad de romper con sus formas de consumo cultural previas. Pero, al mismo tiempo, hay una apuesta a que, expuesto a la multiplicidad de publicaciones, o por los vasos comunicantes que se establecen entre ellas, los lectores populares puedan

efectivamente dar un paso decisivo hacia la adquisición de una conciencia crítica.

El segundo momento puede entenderse como el placer que se deriva de una pedagogía basada en la destrucción de lo conocido-alienante para avanzar a la construcción de lo propio-socialista. Vimos que el primer momento del placer estaba ligado a modos de consumo capitalista que se ven anulados en el interior de un diseño similar. Se revela ahí no solo una política que, a pequeña escala, replica la idea de una revolución a la chilena (manteniendo el diseño institucional), sino que también sugiere una manera escalonada de concebir la transformación del lectorado. Este segundo momento del placer está envuelto en una voluntad crítica (de compensación de capital cultural, de participación táctica en géneros considerados como subcultura, de fortalecimiento del aprendizaje) y otorga el sustento teórico para el actuar revolucionario y el compromiso político. Este placer es el que permite asentar una hegemonía de un “nosotros” marcado por la conciencia política y de clase.

El tercer momento identificable como experiencia placentera de lectura diseñada para el lector popular tiene que ver con lo carnavalesco (Bajtín, 1970), donde la UP, a través de Quimantú, intenta subvertir los valores asociados a la lengua popular y aquella al servicio de los intereses de la clase dominante. Es el vínculo entre el carácter científico dado al marxismo y la asociación con la clase popular lo que permite esta subversión⁵. Se trata, además, de un placer que de alguna manera tiende a reforzar la experiencia histórica de la revolución, en la medida en que cada subversión se deja ver como un síntoma de un nuevo orden social, político y económico. En la práctica, la estrategia utilizada (un placer alienado neutralizado, un placer ligado al aprendizaje crítico y un placer carnavalesco) establece de facto una especie de diglosia entre los sentidos que siguen activándose ante estímulos de productos culturales capitalistas (o de productos que simulan ser productos culturales del capitalismo), vinculados a una interpretación alienada de lo real, y la teoría marxista que proveería al lector popular la verdad como tal. Esta diglosia se manifiesta con claridad en el n°8 de la revista, particularmente, en el Diccionario Chamullo-verdad del Súper Cauro (*La Firme*, 1971). En esta historieta se muestra al Súper Cauro, personaje de Pepe Huinca, sin zapatos, ombligo al aire y capa, volando con un “Diccionario Chamullo-Verdad” en las manos que hace que su enemigo, de terno y revólver, se rinda ante lo “mortífero” del arma del niño. Este diccionario evidencia la existencia de dos lenguas: una falsa, otra verdadera. La existencia del diccionario muestra la necesidad de traducir de una lengua a otra. Es evidente que la lengua

⁵ Moulián afirma que los marxismos leninismos existentes en Chile le otorgaban un carácter científico a la teoría de la revolución y a sus variantes locales que intentaban legitimar la vía chilena al socialismo (1993: 117). Si el marxismo tenía este carácter de ‘verdad’, entonces sus categorías e interpretaciones pueden objetivamente desmontar las ‘mentiras’ capitalistas, facilitando las operaciones de subversión carnavalesca.

falsa corresponde a los enemigos de la revolución, mientras que la lengua verdadera es la palabra revolucionaria, que desnuda la realidad social y económica del capitalismo mostrando la necesidad del cambio. El proyecto de la Unidad Popular, en su dimensión educativa y cultural, puede pensarse como un intento de suprimir la diglosia que afectaría a las sociedades latinoamericanas, donde están escindidas y en oposición la lengua pública administrativa y la lengua popular (Rama, 1998). La revolución impulsada por la UP entiende esta diglosia como una oposición entre el “chamullo” y la “verdad”, donde lo popular es elevado a la categoría de lo verdadero, de la mano de la crítica marxista, y el “chamullo” ve a la alta burguesía desnudada en sus intereses.

Pero, más allá de estos tres momentos, ¿le estaba permitido al lector de la clase trabajadora experimentar un placer al leer que no fuera parte de la esfera revolucionaria? El placer es el indicador de un cambio y, por lo tanto, un síntoma del proceso político. Si el placer burgués es síntoma del capitalismo y su decadencia moral, entonces el placer de la lectura del lector popular de Quimantú debe alejarse de las características del placer burgués. Hay ahí un espacio que queda vacío y que se intenta suplantar con los deberes revolucionarios y los ideales de la revolución, suponiendo que, en la identificación con aquellos valores, más que en un placer situado en la conciencia individual, se producirá un compromiso político. Entonces la revolución vacía la esfera del placer individual y lo difiere hasta un momento en que pueda haber una nueva relación entre estructura económica y conciencia.

Esto explicaría la reticencia a pensar el placer durante la Unidad Popular en una dimensión corporal de liberación como lo haría el marxismo freudiano de Marcuse y los movimientos de contracultura de la época. El fenómeno de la contracultura emerge en Chile a fines de los sesenta y comienzos de los setenta, sobre todo en Santiago. El hippismo, por ejemplo, promovía un discurso centrado en la revolución pero que pasaba por la liberación sexual, el consumo de drogas y la distancia con respecto a toda forma de autoridad. Barr-Melej (2017) demuestra la resistencia que estos movimientos despertaron tanto en sectores conservadores como en la izquierda ligada a la Unidad Popular, en torno a la idea de la disolución de los valores familiares (convergencia entre derecha e izquierda) y como síntoma de la crisis individualista burguesa (la izquierda). Y es que, a pesar de ciertas publicaciones dirigidas a los más jóvenes como la revista *Ramona* y *Onda*, la UP fue más bien conservadora en lo cultural si se consideran las ideas de género y sexualidad que predominaron durante el período. Se temía que la liberación sexual trajera consigo una desestabilización económica de las familias populares. Por este motivo, Tinsman señala que los programas de alfabetización y educación de adultos durante la Reforma Agraria y luego durante la UP, focalizados sobre todo en hombres rurales, apelaban a una conducta ejemplar como esposos tanto con la mujer como con los niños.

Esto implica que, para la revolución socialista, la alfabetización era una forma de moralización conservadora en cuanto a sexualidad y vida familiar. La alfabetización socialista era conservadora en términos de género, lo que sin duda puede pensarse como el marco general desde el cual concebir el acto de lectura individual. La lectura individual no debía buscar un placer liberado de las obligaciones familiares o sociales. La lectura no era una liberación *per se*, que desatara prejuicios y estereotipos de género y formas de vida, sino que era, además de una herramienta de nivelación de capital cultural, un mecanismo de estabilización social según instituciones como el matrimonio y la familia, considerando las necesidades del trabajo y de la productividad económica. Leer era familiarizar al lector popular con la hermenéutica revolucionaria, pero también era mantenerlo en la esfera de lo familiar para así garantizar el cumplimiento de los roles de género y el equilibrio económico de las familias. La liberación sexual de la contracultura, en cambio, era percibida a la vez como un abandono de los deberes colectivos y como una amenaza a esa disciplina ética que requería la construcción de una economía socialista. En este sentido, hay una instrumentalización de la cultura que, a pesar de masificar su acceso, pone límites en las posibilidades que ese mismo acceso abre. No se trata de abrir posibilidades a los individuos, sino de hacer que los individuos integren un modelo de producción socialista.

LA LITERATURA DESACTIVADA: UNA CONSECUENCIA INDIRECTA DE LA LIMITACIÓN DE LA EXPERIENCIA DE LECTURA DEL LECTOR POPULAR

Por eso es especialmente problemático el lugar de la literatura en la editorial y en el proyecto cultural de la UP en general. Pues, ¿qué es lo que impide que el contacto con la literatura –y con lo que Marcuse llama la función crítica de la imaginación– no provoque un deseo de una utopía fundada en la conciencia y el cuerpo individual? Una primera forma de responder a la pregunta sería: Quimantú se apropia de obras literarias y expone al destinatario a la experiencia de su lectura. Si bien ofrece un marco de interpretación de estas obras que insiste en la necesidad de la revolución socialista, el contacto directo entre la forma estética y el lector es necesariamente un fenómeno cuyas consecuencias escapan a la previsibilidad y eficacia del objeto. Tal como señala Chartier (2014: 8), el lector, a pesar de pertenecer a comunidades de interpretación que lo determinan de múltiples formas, tiene un margen de libertad para construir el significado de lo que lee. Otra forma de responder sería: es la organización social y los afectos de compromiso por la revolución lo que impiden el advenimiento de una utopía basada en la liberación individual. De ahí la importancia en diversas publicaciones de Quimantú dada a la organización de las masas, al vínculo del lector popular con organizaciones sociales, al “nosotros” como conductor de un ejercicio de lectura que no puede abrir

muchos espacios al “yo”.

Pero el valor, lugar y placer de la literatura en Quimantú hay que considerarlo más allá de las colecciones de literatura. Es palpable, al leer la revista *La Firme* y los *Cuadernos de Educación Popular*, es decir las publicaciones pedagógicas de Quimantú, un desprecio a la literatura y las artes como medio de acción revolucionario. Este desprecio se observa en la desaparición de la cultura como problema, y en el constante llamado a la acción hacia el lectorado. En la ya mencionada *La Firme* n°8, la segunda historieta presentada al lector muestra a un niño que, tras pedirle a su tío que le cuente un cuento, descubre que este es analfabeto, asociándolo al sentimiento de vergüenza. Con ayuda de una voluntaria de las campañas de alfabetización, el tío logra aprender a leer “Blancanieves y los siete enanitos”, mostrándose orgulloso. Sin embargo, el “Cuento del tío” enfatiza que leer y escribir no es suficiente, ya que debe también “perfeccionarse en la pega” y “enchufarse en la realidad de su país” (26). Esto equivale a “tener una pequeña cultura pa saber donde se está parado” (1971, 26). El nuevo alfabetizado dice sentirse como un “hombre nuevo” (1971, 27) mientras Carmelita, la voluntaria, dice aliviada “Uno menos”. Como venganza contra el sobrino, el tío le lee más de 30 libros, incluidos la Caperucita y Blancanieves. Se llama a la participación del analfabeto en sus “respectivas organizaciones de masa” (1971, 30), incluyendo los CUP. En este caso, no se critica el “contenido” de estos cuentos infantiles, como lo haría Dorfmann y Mattelart, tampoco se los modifica. Se insiste, en cambio, en la necesidad de complementar el saber leer y escribir con perfeccionarse en el trabajo e informarse sobre la realidad nacional. La literatura aparece meramente como una extensión del alfabetismo sin mayor relevancia. La literatura debiera cumplir el ritual de hacer dormir al sobrino, pero en ninguno de los dos casos se logra el objetivo. En el primero, la incapacidad de articular un cuento coherente es detectado por el niño como incoherencia política (confusión similar a la DC) que revela el analfabetismo del tío. En el segundo, el tío se “venga” del sobrino leyéndole tal cantidad de libros que el sobrino no logra dormir. La literatura es un ritual familiar fallado, mientras que la alfabetización permite discriminar entre la lengua de la verdad y la de la mentira.

La literatura nunca pudo constituirse plenamente como un factor relevante en el proceso de revolución chilena. Las colecciones literarias mostraron cierta indefinición que se vuelve a manifestar con la aparición de una colección como Cordillera, que al ser percibida como más elitista se alejaba de la instrumentalización política. Por otro lado, a pesar de que la producción paratextual de las colecciones literarias intenta articular lectura, revolución y literatura, abundan ejemplos en otras colecciones de Quimantú en que la literatura se concibe como una entretención individual ajena a la acción política (en que tal vez se puede reflejar cierto proceso social, pero sin asociar al lector en ese proceso como actor político).

El lugar dado al lector popular desactiva la noción de literatura emancipada de la moral heredada del siglo XIX. Pero también le otorga un lugar pasivo al lector popular. Por lo tanto, aleja a los escritores de preocupaciones poético-formales y difiere en el tiempo la definición del rol de lo literario en la participación activa del lector popular en la revolución. No es de extrañar, entonces, que la literatura no se lograra articular en torno al proyecto político de la Unidad Popular. El lugar del lector popular en Quimantú nos ayuda a entender por qué se dificultó esa articulación. A pesar de la importancia del acceso, la política del lector popular en Quimantú desactiva la noción de un placer autónomo vinculado a lo literario, lo que sin duda choca con parte del discurso que, tras el paso de las Bellas Letras a la literatura moderna, exime a la literatura de subordinarse a la moral, a la política o a la religión⁶.

CONCLUSIÓN

Podemos decir, entonces, que la figura del lector popular en Quimantú es un ideal que por momentos se resquebraja, ya sea mediante las críticas recibidas, por lo fantasmagórico de su carácter de masa, o bien por la desconfianza con la que se le concibe. Hemos identificado distintos tipos de placer posible que configuran las experiencias de lectura del lector popular: placer alienado (que se busca neutralizar), placer crítico (orientado hacia los deberes y acciones revolucionarios) y un placer carnavalesco (que ve cómo la lengua dominante es subvertida por la lengua popular). Hemos visto además que estas formas de placer no buscan alterar el orden moral en lo que respecta a relaciones de género y estructuras tradicionales de familia, por el riesgo de afectar el trabajo y la producción. Hay, pues, una limitación del placer en términos morales que terminan por desactivar la autonomía del placer literario y desplazar la relevancia política al eje

6 Resulta revelador, en este sentido, considerar obras que, adherentes a la revolución, chocaban con el proyecto político de la UP en torno al lugar dado al placer. Por ejemplo, Cecilia Vicuña intentaba, en *Sabor a mí*, articular goce y revolución: “Una obra dedicada al gozo no es una obra apolítica, porque quiere hacer sentir la urgencia del presente, que es la urgencia de la revolución.” (1973: 65). Es interesante que Vicuña reivindicara políticamente el gozo, pues es sintomático de una relación conflictiva que podía interpretarse como indiferencia o individualismo. En *Sabor a mí* coexiste esa voluntad de reivindicar el carácter revolucionario del arte con una visión lúdica en que este tiene como principal rol generar conciencia de la finitud humana mediante una valoración del presente y sus detalles cotidianos. Sin embargo, este prestar atención a lo cotidiano mediante el juego y el gozo despertaba sospechas –sobre todo viniendo de una mujer– en la medida en que se podría criticar una mirada que en su carácter lúdico termine conformándose con lo existente (a pesar de las declaraciones en sentido contrario). La imposibilidad de Vicuña de publicar su libro tanto en Quimantú como en las Ediciones Universitarias de Valparaíso podrían ser evidencias de esta incomodidad. Vicuña introduce el placer en el horizonte revolucionario generando incomodidad en el campo literario de la época.

de la acción y su teoría. Estos placeres del lector popular apuntan en su conjunto a una modificación de la conciencia crítica, de la acción política y del orden económico. Son placeres que están asociados a una exigencia ética, incluso en su momento carnavalesco.

Moulián asocia la Unidad Popular a una versión extrema del racionalismo iluminista en que un Sujeto (la Clase popular) encarnaba la esperanza de la emancipación de todos. Para Moulián, esto implicaba una “pureza imposible, que quería negar la hibridez y la ambigüedad congénita de las relaciones de la izquierda y el Estado” (1995: 25). De alguna manera, esta pureza imposible es la de una superioridad ética proclamada y necesaria, pero también cuestionable. Sin duda, la figura del lector popular recibe esta exigencia de la “pureza imposible”, pero al mismo tiempo la fisura en la medida en que la “carencia” de acceso lo hace parte de un Sujeto posible que todavía no encarna totalmente. El lector popular es una promesa de sujeto revolucionario, que todavía no puede garantizar esa pureza que es a la vez la negación de su condición incompleta. Al lector popular le falta aquello que tienen los intelectuales, que al mismo tiempo no son genuinos actores de la masa popular revolucionaria.

Pensar en algo así como una ética del lector en Quimantú implica, antes que nada, evaluar su carácter social o individual. En efecto, ciertas líneas editoriales apuntan al lector como individuo, mientras que otras como integrante de un colectivo o de acuerdo a un rol social. Las responsabilidades que nacen en un caso u otro son diferentes. Como individuo, el lector tiene derecho a entretenerse educándose. Se espera, eso sí, que adopte un punto de vista afín a la política de la UP en su interpretación de lo real, incluso alterando costumbres intergeneracionales como la lectura de cuentos infantiles en el ámbito familiar. Se espera, al mismo tiempo, que supla las carencias de capital cultural que pudiera tener. Como miembro de un colectivo, se espera que el lector actúe, participe, dirija. Este lector es parte de acciones políticas concertadas. Es un lector que se educa para la acción, que es capaz de alterar sus conductas para llevar la realidad hacia el horizonte socialista. El riesgo en el lector individual es que solo se entretenga y que no logre salir de las “subculturas” del capitalismo. Es decir, que no desarrolle una mirada crítica de lo real y se mantenga alienado. Otro peligro es que, mediante el proceso de aprendizaje, el lector desarrolle una mirada contraria al proceso revolucionario, es decir, que no perciba como necesario este objetivo y que por lo tanto no interprete lo real desde ese imperativo. El riesgo del lector como parte de un colectivo es que el colectivo como tal se disuelva, o que el lector individual no se sienta convocado a la socialización. En tanto que portador de un rol social, el lector puede ofrecer resistencia a cambiar prácticas y conductas anteriores que no son deseables en el contexto de la UP. En este caso, si la acción política para el advenimiento del Hombre Nuevo pasa, en parte, por la acción y participación política del lector, entonces la persistencia del Hombre Antiguo

en el horizonte de lo nuevo puede ser fruto de constantes tensiones.

Recordemos que, según el Programa Básico de la UP, la nueva cultura tendría como objetivo considerar el trabajo como el más alto valor humano. La subjetivación socialista buscada por Quimantú busca equiparar el acceso a la cultura no porque considere que ese conocimiento producirá una liberación individual, sino porque garantiza de mejor manera la conciencia necesaria para poder participar en la modificación del sistema productivo, lo que no implica poner en cuestión el valor del trabajo ni de la productividad en sí mismos. Surge entonces la siguiente pregunta: ¿cuáles serían las formas de verificar el efecto de la cultura en la valoración del trabajo? En el caso de Quimantú, esto implica pensar qué maneras existieron para verificar el efecto de su labor en la valoración del trabajo, o bien cuál fue su contribución a la nueva cultura. Creo que la respuesta a esta pregunta es tautológica: Quimantú es el efecto de la cultura en la valoración del trabajo. Su productividad, su organización laboral –que permitía la participación de obreros en la toma de decisiones (Molina, Facuse *et al.*, 2018)–son la demostración misma del valor del trabajo. Es mejor, y más eficiente, pensar a Quimantú como una especie de obra en sí misma antes que preguntarse cuáles fueron los medios de verificación de ese valor en los destinatarios de las publicaciones. La forma de verificar el efecto de la cultura en la valoración del trabajo en los destinatarios de Quimantú hubiera implicado, en cambio, una observación de la conducta de los trabajadores en términos de compromiso, desplazando el valor del trabajo y de la revolución por el de la necesidad de vigilancia y control.

BIBLIOGRAFÍA

- Bakhtine, Mikhail (1970). *L'oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Age et sous la Renaissance*. Paris: Gallimard.
- Balibar, Étienne. "Le structuralisme: une destitution du sujet?". *Revue de métaphysique et de morale* 45 (2005): 5-22.
- Barr-Melej, Patrick (2017). *Psychedelic Chile: youth, counterculture, and politics on the road to socialism and dictatorship*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Bergot, Solène. "Quimantú: Editorial del Estado durante la Unidad Popular chilena (1970-1973)". *Revista Pensamiento Crítico* 4 (2004): 2-25.
- Bianchi, Soledad (1995). *La memoria: modelo para armar*. Santiago: DIBAM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Bowen, Martín. "El proyecto sociocultural de la izquierda chilena durante la Unidad Popular. Crítica, verdad e inmunología política". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2008).
- Canto Novoa, Nadinne. "El lugar de la cultura en la vía chilena al socialismo: notas sobre el proyecto estético de la Unidad Popular". *Revista Pléyade* 9 (2012): 153-78.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (eds.) (2004). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Chartier, Roger (2014). *The Culture of Print: Power and the Uses of Print in Early Modern Europe*. *The Culture of Print*. New Jersey: Princeton University Press.
- Dorfman, Ariel y Mattelart, Armand (1971). *Para leer al Pato Donald*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Harnecker, Marta. "Understanding the Past to Make the Future: Reflections on Allende's Government". *Historical Materialism* 3 (2003): 5-15.
- MALDONADO, Carlos, y Vuskovic, Sergio (1970). *Lenin o Marcuse*. Santiago: Instituto de Investigaciones Marxistas de Chile.
- Marcuse, Herbert (1983). *Eros y civilización*. Madrid: Sarpe.
- Molina, María Isabel; Facuse, Marisol y Yáñez, Isabel (2018). *Quimantú: prácticas, política y memoria*. Santiago: Grafito Ediciones.
- Moulián, Tomás. "La Unidad Popular y el futuro". *Revista Encuentro XXI* 3 (1995): 21-29.
- Moulián, Tomás (1993). *El marxismo en Chile: producción y utilización*. Santiago: FLACSO.
- Rama, Ángel (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Ramírez, José; Cortés, Cecilia; Naranjo, Marcelo et al. "Marta Harnecker y el Marxismo Pedagógico. Itinerario del pensamiento de Marta Harnecker en la Revista *Punto Final* - Chile (1967-1969)". *VIII Jornadas de la Historia de las Izquierdas CeDInCI/UNSAM*. Buenos Aires, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (2015), pp. 333-342.

- Rivera, Carla. "Diálogos y reflexiones sobre las comunicaciones en la Unidad Popular, Chile, 1970-1973". *Historia y Comunicación Social* (2015), 345-67.
- Rosenblatt, Louise (1996). *El modelo transnacional: la teoría transnacional de la lectura y escritura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rosenblatt, Louise (2002). *La literatura como exploración*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ponce, José Ignacio y Serra, María Loreto. "El discurso teórico-político de Marta Harnecker durante la Vía Chilena al socialismo, 1970-1973". *Revista Izquierdas* 21 (2014): 83-104.
- Sanjuan, Marta (2013). *La dimensión emocional en la educación literaria*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Subercaseaux, Bernardo (2000). *Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo)*. Santiago: LOM ediciones.
- Subercaseaux, Bernardo (2007). *Historia de las ideas y la cultura en Chile. Nacionalismo y cultura*. Tomo IV. Santiago: Editorial Universitaria.
- Subercaseaux, Bernardo (1982). *Transformaciones de la crítica literaria en Chile; 1960-1982*. Santiago: CENECA.
- Tinsam, Heidi (2009). *La tierra para el que trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*. Santiago: LOM.
- Veto, Sylvana. "Psychoanalysis and marxism in Chile. Two case studies: Juan Marín Rojas and Alejandro Lipschütz". *Psychoanalysis and History* 19(1) (2017): 99-120.
- Vicuña, Cecilia (1973). *Sabor a mí*. Cullompton: Beau Geste Press.

Documentos vinculados a Quimantú y a la Unidad Popular

- Cabrochico*. N°1, 1971.
- Cabrochico*. N°4, 1971.
- Cabrochico*. N°5, 1971.
- Gutiérrez, Joaquín. "Todos seremos lectores. Entrevista". *Chile Hoy* 10 (1972): 21.
- La firme*. *Revista de educación popular*. N°1, 1971.
- La firme*. N°5, 1971.
- La firme*. N°7, 1971.
- La firme*. N°8, 1971.
- La firme*. N°13, 1971.
- La firme*. N°16, 1971.
- « Imperialismo y dependencia ». *Cuadernos de Educación Popular*. 1972.
- Paloma*. N°1, 1972.
- Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular*. 1970.